

CRISIS EN YUGOSLAVIA

La intervención de los Doce, aunque no tenga un éxito total, no habrá sido en vano. Croatas, eslovenos y serbios tendrán tres meses para conciliar sus puntos de vista sobre el futuro de Yugoslavia. También los occidentales tendrán tres meses para armonizar su postura sobre «el polvorín de los Balcanes».

A mi entender, sus dudas —por no decir divisiones— frente a la pugna entre Belgrado y las dos repúblicas independentistas de la federación se basa en un malentendido.

Varios países de la Comunidad Europea, temiendo un contagio del separatismo en su propio suelo, se han mostrado obstinadamente aferrados a la fórmula de la unidad yugoslava y han considerado a croatas y eslovenos como unos aguafiestas asimilables a terroristas. No se ha tenido en cuenta que Yugoslavia no es un Estado nación comparable a los occidentales, con una unidad consagrada por la historia, y una legitimidad, por estructuras gubernamentales eficaces.

En efecto, creada tras la guerra de 1914, Yugoslavia —en parte formada por un conglomerado de restos de la monarquía austro-húngara y del imperio turco— es una formación multinacional reciente que jamás ha conseguido unir democráticamente a sus partes y que sólo se ha podido sostener gracias a la dictadura real y después a la comunista. El conflicto actual no es un conflicto entre un Gobierno federal de reconocida legitimidad y unos nacionalismos separatistas, extremistas e irresponsables, sino que ha surgido entre unos dirigentes nacional-comunistas serbios que controlan el Ejército y la policía federales —de hecho serbios—, decididos a someter a unos eslovenos y unos croatas que se han otorgado Gobiernos democráticos, se orientan hacia Europa y que, para continuar participando en el Estado, proponen su transformación en una confederación.

No se puede ignorar que ha sido la negativa de los serbios de Belgrado la que ha decidido a las dos repúblicas a dar el paso hacia un status de independencia. Así, el conflicto actual es, como demostraremos, ideológico, nacional, político y económico. (...)

F. Fejtó. EL PAÍS 10 de julio de 1991.